

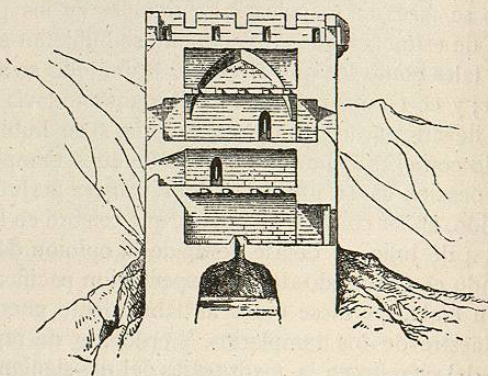
Hospital, que se hubieran apresado, porque los consideraba como asesinos (haschischim) cristianos, y hasta los prisioneros de clase inferior fueron pasados á cuchillo por orden suya. Así se consumó del modo mas horroroso la destrucción de las fuerzas del ejército cristiano.

Pero el gran vencedor sabia que aun no habia cumplido mas que la mitad de su mision. Los cruzados dificilmente podrian oponérsele ya en campo abierto; pero tal vez les fuera posible sostenerse aun por mucho tiempo dentro de las fuertes murallas de sus muchas ciudades y castillos. En consecuencia resolvió aprovecharse rápida y radicalmente del espanto que desde la batalla de Hattin precedia á sus armas, para conquistar aquellos lugares de refugio de los cristianos. Para esto le sirvió mucho que no hubiese en el reino de Jerusalem ningun hombre que hubiera sabido reunir y dirigir con prudencia las últimas fuerzas de dicho reino, pues el mismo Raimundo, que además apenas poseia la suficiente consideracion para semejante obra, se habia retirado angustiado á Trípoli, en donde murió al poco tiempo. Los otros pocos grandes señores y caballeros, que hubieran podido aun sacar la espada en honor de la cruz, y lo mismo los ciudadanos y labradores, estaban casi todos dispuestos á someterse como autómatas, presa de la mas absurda desesperacion, hallándose tal vez en la misma disposicion de ánimo que la que se apoderó del ejército y pueblo prusianos despues de la derrota de Jena. Todavía se levantaron algunos particulares poseidos del valor heróico de otros tiempos, y aquí y allá disputaron al sultan, con suerte ó con desgracia, el complemento de la victoria; pero la inmensa mayoría no consideraba cuántas eran las fuerzas cristianas que aun quedaban para hacer resistencia, cuán pronto llegarían los auxilios del Occidente, y cuán gloriosamente habian mostrado su firme confianza en Dios en la época de sus padres. En tales circunstancias le fué fácil al sultan conseguir brillantes triunfos. Por de pronto el 6 de julio, dia despues de la batalla de Hattin, tomó la ciudadela de Tiberiade; el 9 del mismo mes se presentó delante de Akkon (San Juan de Acre), y con miserable cobardía capituló esta populosa y riquísima ciudad comercial de los cristianos, en la cual habia almacenados inmensos valores en preciosas mercancías. Despues, el ejército musulman, en grupos aislados, «numerosos como las hormigas», se desparramó por todo el país desde la costa de Egipto hasta el territorio de Trípoli y en pocas semanas se rindieron Beirut, Sidon, Chaifa, Assuf, Cesárea, Jaffa y Ascalon, las ciudades del interior y los orgullosos castillos de la alta nobleza. El saqueo, el asesinato y toda clase de excesos cayeron sobre los vencidos, si bien Saladino personalmente se mostró suave á la sazón, y por regla general dejó en libertad á los habitantes de los pueblos subyugados para que se marchasen ó para que pagasen un impuesto de capitacion al nuevo soberano, segun la costumbre musulmana. Al capitular Ascalon el 4 de setiembre se verificó un eclipse de sol, como si el cielo quisiese mostrar tristeza por la desgracia de los cristianos.

Solo quedaban ya por someter dos fuertísimos baluartes del poder de la nobleza cristiana además de Tiro y Jerusalem. Tiro estuvo ya á punto de entregarse, pero en la hora crítica se presentó allí un intrépido príncipe occidental, el marqués Conrado de Monferrato, tan resuelto, que Saladino hubo de desistir de tomar aquella plaza por entonces. Despues de la toma de Ascalon no fijó el sultan su atencion sobre Tiro, sino sobre el supremo fin de su campaña, sobre Jerusalem. De buena gana hubiera querido tomar sin lucha la ciudad, que tambien era santa para los mahometanos, y con esta mira ofreció muy aceptables condiciones de capitulacion; pero como estas fueron rechazadas, tuvo necesidad de proceder á

un sitio formal. El 19 de setiembre reunió su ejército delante de los muros de la ciudad, y comenzó al dia siguiente el ataque, dirigiendo desde luego sus armas contra los lados del Oeste y Norte, pero pronto las concentró contra el último y precisamente por cerca del punto en que se habia dado el ataque principal en el año 1099.

En la ciudad se hallaban muy pocas tropas experimentadas, y, por el contrario, una excesiva multitud de gente, que de todas partes habia huido en tropel. La actitud de los defensores fluctuaba en brusco cambio entre la resistencia temeraria, y el cobarde abatimiento; pero por esto mismo se hacia casi imposible una prolongada resistencia. Despues que los sitiadores lograron practicar una brecha importante en el ángulo Nordeste de las murallas, los jefes de los hierosolimitanos se



Seccion de una torre de vigia

ofrecieron á entrar en negociaciones de paz. Saladino puso condiciones muy duras, hasta que el temor de excitar á los sitiados á una lucha desesperada, y de amenguar con esto el triunfo y el botin, le hizo volver á sentimientos mas benignos. Por último, se acordó que los habitantes pudiesen abandonar libremente la ciudad mediante un rescate, por virtud del cual debian pagar los hombres 10 escudos de oro cada uno, las mujeres 5, los niños de mas de siete años 2, y los que no llegasen á esta edad 1. Siete mil hombres de la clase pobre y el número de mujeres y niños correspondiente podria irse en libertad, previo el pago de la suma total de 30,000 escudos. El 2 de octubre de 1187 se abrieron las puertas, y las tropas de Saladino ocuparon la ciudad, mientras los cristianos empezaban á salir ó á preparar su salida. La soldadesca cometió horrendos actos de violencia; pero el sultan y los príncipes de su ejército procuraron mitigar con noble magnanimidad la suerte de los desgraciados fugitivos: á pesar de lo cual, pronto fueron estos maltratados y muertos en su mayor parte, y muy pocos volvieron á ver dias mas felices.

A la noticia de la toma de Jerusalem, muchos sabios mahometanos y varios peregrinos corrieron desde puntos muy lejanos á ver con sus propios ojos los lugares de la adoracion, y á recrear su vista con el triunfante espectáculo de las abatidas cruces cristianas que por todas partes se derribaban, de las campanas hechas pedazos, de las antiguas mezquitas de nuevo consagradas, fumigadas con perfumes y lavadas con aceite de rosas. Todo el islamismo se sintió reanimado y fortalecido por este gran triunfo, y desde entonces mostró mas energía para conservar lo que la que habia empleado para alcanzarlo. Saladino, segun cuenta su secretario, recibió en su tienda las felicitaciones de sus grandes «con mesurado continente, y en actitud llena de dignidad, con la alegría que brillaba en su semblante. Las puertas de su tienda permanecieron abiertas á todo el mundo, é hizo espléndidos regalos. Leyóse la carta del príncipe, que anunciaba el feliz acontecimiento; las trompetas lo divulgaron; todos derramaron

lágrimas de alegría, todos atribuyeron humildemente á Allah estos triunfos; todas las bocas celebraron las alabanzas del Señor.»

La conquista de Jerusalem señala el apogeo de los triunfos de Saladino. Verdad es que despues consiguió tambien varias victorias; pero nunca habia de volver á presenciar una no interrumpida serie de triunfos como los que se sucedieron desde la batalla de Hattin hasta su entrada en la Ciudad Santa.

En el mismo otoño de 1187 cayó sobre Tiro con todas sus fuerzas; pero allí se vió de cuánta resistencia eran capaces los cristianos teniendo una buena direccion, y cuán poco aptas eran las huestes mahometanas para las fatigas de un sitio prolongado. Ningun ataque, ni ninguna brecha quebrantó el ánimo del marqués Conrado; las tropas de Saladino comenzaron, por el contrario, á amotinarse, y el gran sultan, despues de tantos triunfos, tuvo que retirarse de la única ciudad que quedaba sin salir vencedor. Al año siguiente, se presentó delante de los pueblos del condado de Trípoli y del principado de Antioquia, y en parte se repitió allí el espectáculo que poco antes habia ofrecido el reino de Jerusalem. Algunos hechos heróicos de los cristianos dificultaron la marcha de los mahometanos; pero mas frecuentemente triunfaron éstos, por la superioridad de sus fuerzas ó por el desaliento de los cruzados, y cayeron en su poder muchas ciudades y castillos, cuya enumeracion permite conocer perfectamente lo fuerte que habia sido la posicion de los cristianos en el Oriente. Asimismo fueron tomados poco á poco los últimos castillos que habian conservado aun los caballeros de Jerusalem. Pero las plazas principales del Norte de Siria, Trípoli y Antioquia, igualmente que Tiro, no pudieron ser sometidas, y ya se acercaban abundantes auxilios del Occidente, especialmente una escuadra siciliana, cuyo almirante Margarit dijo sin rodeos al sultan, que dejase de perseguir á los francos, pues de otro modo caerían sobre él fuerzas tantas, con las cuales nunca se las podria haber.

Ya otra vez se atrevieron los cristianos á tomar la ofensiva desde sus últimas posesiones, y en estas circunstancias adquirió especial significacion el rey Guido. Saladino le habia prometido la libertad, si se sometia Ascalon, y en efecto le dejó libre despues de aquella sumision, si bien lo hizo previas largas vacilaciones. El rey quiso trasladarse en seguida á Tiro, pero fué duramente despedido por el marqués Conrado, el cual guardaba celosamente el puesto conquistado con sus propias fuerzas. Pero á la sazón, Guido reunió un pequeño ejército, y en el verano de 1189 se puso en marcha con el objeto de reconquistar á San Juan de Acre, ciudad con cuya cobarde entrega habia comenzado la descomposicion de todo el reino de Jerusalem. De este modo se iba preparando una nueva lucha, de cuyo éxito dependia aun la solucion del problema, de si los pueblos del Oriente ó los del Occidente habrian de conservar la dominacion sobre la costa de Siria.

CAPITULO VII

TERCERA CRUZADA (1)

EL OCCIDENTE DESPUES DE LA CAIDA DE JERUSALEN

El creciente peligro en que se hallaba el reino de Jerusalem durante los últimos años de su existencia, habia obligado

(1) Wilken, Historia de las Cruzadas, tomo IV y siguientes; Prutz, El emperador Federico I, tres tomos, Dantzig 1871-1874. Un concienzudo tratado de Riezler sobre la Cruzada del emperador Federico I, inserto en las «Investigaciones para la Historia de Alemania» 1870. Fischer, Historia de la Cruzada del emperador Federico I, Leipzig 1870.

al rey Amalrico, como queda dicho atrás, á pedir auxilios á los mas poderosos príncipes del Occidente por medio de una brillante embajada que envió cerca de ellos. Con idéntico objeto envió Balduino á Europa á los eclesiásticos de mas alta jerarquia del país, los cuales describieron con las mas conmovedoras palabras á todos los pueblos, el apurado trance en que se hallaba su patria. El recibimiento que se les hizo en Roma y en los palacios de los reyes, dió abundantes pruebas de que en todas partes existia aun el sentimiento ó idea de sacrificarse con gusto para el socorro de la Tierra Santa. Los parisienses acogieron á los embajadores «como á ángeles del cielo;» comenzaron las predicaciones de la cruzada, hicieron donaciones, y grandes preparativos para hacer la guerra á Saladino. Mas á pesar de esto no se pusieron en marcha hácia el Oriente importantes huestes guerreras, porque las fuerzas de las naciones occidentales estaban muy ocupadas en las continuas contiendas entre el emperador y el papa, y entre los reyes de Francia é Inglaterra. Por eso Europa tardó en llevar auxilios á sus oprimidos correligionarios de Asia, hasta que por fin las tristes noticias de la desastrosa batalla de Hattin y la descomposicion de la dominacion cristiana en Palestina fueron conocidas, y causando en todas partes el mas profundo dolor, suscitaron la mas terrible cólera contra el islamismo victorioso.

El papa Urbano III recibió el primero la funesta nueva el 18 de octubre de 1187, precisamente cuando se disponia á fulminar el anatema contra el emperador Federico I. La pena y el dolor quebrantaron á aquel hombre que ya estaba enfermo, y el 20 de octubre dejó de existir. Su sucesor fué Gregorio VIII, noble anciano, que dejó á un lado todas las miras políticas que hasta entonces habian dividido al imperio y al pontificado, para consagrarse exclusivamente á la causa de Jerusalem. «Por medio del espíritu conciliador de la Iglesia, decia, me propongo decidir á los señores sus protectores, el emperador y su hijo, á que emprendan la buena obra (la Cruzada).» A fines de octubre se remitieron de Roma entusiastas cartas circulares á los príncipes de Alemania y á todos los cristianos, en las cuales se les excitaba á prestar unánime concurso; se prescribían ayunos y rogativas públicas, y se prometían á los cruzados el arreglo de sus deudas y la remision de los pecados. Asimismo los sacerdotes recibieron el encargo de dar ejemplo á los cristianos despojándose de toda pompa exterior, y observando una severa conducta, de tal manera, que en el primer entusiasmo los cardenales hicieron voto de vivir solo de limosnas y recorrer á pié los países predicando la cruzada hasta que se reconquistase la Ciudad Santa; por sus diligencias se ordenó una paz general de siete años. El 17 de diciembre de 1187 murió de un modo inesperado el excelente Gregorio; pero su sucesor Clemente III trabajó con igual celo en pro de la guerra contra Saladino; y así se consiguió un levantamiento unánime de toda la cristiandad romana, completamente igual en importancia y extension á las grandes empresas de 1097 y de 1147, y bajo otros conceptos superior.

Los príncipes y las ciudades de Italia, que estaban en lucha entre sí ó con sus vecinos, se avinieron en general á vivir en paz, é hicieron con diligencia los aprestos para la expedicion militar á Siria. La primera escuadra que de dicho punto se presentó en Oriente, fué la ya mencionada, al mando del almirante Margarit. Poco tiempo despues salieron de los puertos de la Alta Italia varias flotillas, á bor-

Rohricht, «Los aprestos del Occidente para la tercera gran Cruzada» insertos en la Revista histórica de Sybel, tomo 34, 1875. Rohricht, «El sitio de San Juan de Acre» en las Investigaciones para la Historia de Alemania, 1876. De Mas Latrie, Histoire de l'île de Chypre sous le regne des princes de la maison de Lusignan, 3 tom. Paris 1861.

do de las cuales iban lombardos, toscanos y genoveses: entre sus jefes se hallaba como legado de la corte pontificia para la cruzada el arzobispo Ubaldo de Pisa. En los países escandinavos suscitó grandes lamentos la noticia de la pérdida de Jerusalen, y aun cuando la predicacion de la cruzada no tuvo gran resonancia en Noruega, donde ardía una sangrienta guerra civil, en Dinamarca y Suecia muchos se alistaron llenos de entusiasmo en la peregrinacion guerrera. Entre tanto hicieron los principales aprestos los tres príncipes mas poderosos de la cristiandad, el emperador d. Alemania, el rey de Francia y el de Inglaterra y sus respectivos pueblos, y de estos, los primeros que se enlazan con el curso de los sucesos, son los preparativos llevados á cabo por los alemanes.

APRESTOS DEL EMPERADOR FEDERICO I

El emperador Federico I, fundador de la gloria secular de la casa de Suabia, era ya bastante entrado en años, pero estaba adornado con la brillante aureola de sus hechos y de sus triunfos. Cuando llegó hasta él la noticia de las victorias de Saladino, apenas pudo dudar de la grande y penosa tarea que se ofrecía á su vista en el último plazo de su vida. Sin embargo, no le fué posible desde luego decidirse á tomar la Cruz, porque le amenazaban serios peligros en el interior de su imperio; pues el arzobispo de Colonia, Felipe, estaba á la sazón en armas contra él, como en otro tiempo lo habia estado Enrique el Leon. Felipe tenia por sí solo un importante poder y además estaba apoyado por amigos que le eran lealmente adictos, sobre todo entre los príncipes alemanes del Norte; de suerte que el emperador no podia pensar en abandonar el imperio, mientras estos rebeldes no volbiesen definitivamente á la obediencia. El 1.º de diciembre de 1187 se reunió la Dieta en Estrasburgo, á la cual no asistió el arzobispo, aunque fué especialmente invitado al efecto. Entre tanto la corte pontificia mandó al cardenal Enrique de Albano con el encargo de predicar la cruzada en Alemania, y aun cuando este no se presentó personalmente en Estrasburgo, asistieron á la antedicha asamblea dos de sus colegas, los cuales excitaron á la numerosa multitud allí congregada á que hiciese el voto de peregrinacion. Hablaron sin conseguir nada, hasta que el obispo Enrique de Estrasburgo se unió á ellos, y con arrebatadora elocuencia hizo el llamamiento á la guerra santa. Entonces un caballero alsaciano, llamado Sigfrido, pidió ser decorado con el signo de la cruz. Luego siguieron su ejemplo con un entusiasmo cada vez mas creciente, mil quinientos caballeros y una multitud de gente del pueblo. Pero el emperador rehusó, aunque con lágrimas en los ojos, comprometerse por entonces á emprender la peregrinacion.

Federico y el cardenal Enrique aprovecharon perfectamente los siguientes meses de invierno para ejercer una fuerte presion política y religiosa sobre el arzobispo Felipe; de suerte que podia suponerse se someteria definitivamente en la primavera. Para el 27 de marzo, dominica que llevaba el nombre altamente significativo de «Lætare Jerusalem,» se convocó una nueva asamblea del imperio en Maguncia, y en una enérgica circular se excitó á todo el mundo á tomar parte en este «Dia de recepcion de Cristo.» Presentáronse allí Felipe y otros príncipes demasiado discolos, y por fin se sometieron al mandamiento de paz del emperador y del cardenal Albano. Despues se leyó la carta pontificia, en la cual se hacia un llamamiento á los fieles para libertar á Jerusalen; y los prelados alemanes, en especial Godofredo, obispo de Wurzburg, levantaron su voz para animar á las grandes masas, que habian acudido á Maguncia en favor de

la guerra santa. El emperador Federico renunció á presidir la asamblea: «se sentó entre los suyos, y escuchó atentamente el entusiasta grito de guerra de aquellos heraldos.» Corrieron las lágrimas por sus mejillas; pero en vista de las grandes dificultades de la peregrinacion, seguia retardando el momento de tomar la cruz, hasta que sus leales le cercaron y le rogaron impetuosamente que no vacilara por mas tiempo. Entonces no pudo resistir á la agitacion de su espíritu y recibió el distintivo de los soldados de Dios de manos del obispo Godofredo; siguieron su ejemplo príncipes, sacerdotes, millares de caballeros é inmensa muchedumbre del pueblo.»

La nacion estaba ya ganada en favor de la gran causa. Unicamente el viejo Enrique el Leon, profundamente sumiso, pero poseido de sentimientos hostiles contra los de la casa de Suabia, podia oponer obstáculos; por cuya razon Federico se esforzó en moverle á que tomara parte en la cruzada, y le prometió sufragarle los gastos del viaje. Pero el duque rechazó toda mancomunidad con sus vencedores, de suerte que no quedó otro remedio al emperador en definitiva, sino el de desterrar del país al güelfo, por el tiempo que pudiera durar la cruzada; es decir, por tres años. Enrique obedeció al mandato y se trasladó inmediatamente á Inglaterra al lado de sus parientes.

Entre tanto estaba ya determinado que la marcha del ejército cruzado se realizase en la primavera de 1189, y precisamente el 23 de abril, dia de San Jorge, patron de los peregrinos, con el objeto de que pudiesen estar completamente terminados todos los preparativos necesarios en el largo intervalo de tiempo que quedaba hasta aquella fecha. El ejército alemán debia componerse esta vez de gente acomodada, y por consiguiente, mas apta para la guerra. El que no poseyese por lo menos tres marcos de plata (próximamente unos 120 marcos de la actual moneda), debia quedar fuera de la expedicion bajo pena de destierro, porque repetidas veces en tiempos anteriores, y particularmente en el año 1147, se habia demostrado por una dolorosísima experiencia, que las grandes masas de peregrinos pobres eran completamente ineptas para combatir á los mahometanos.

Suscitáronse dudas al principio, sobre el camino que debia tomar el ejército. Podía ir á la Italia meridional, y desde allí embarcarse para Siria en la escuadra del rey Guillermo de Sicilia, con quien Federico estaba en buena amistad. Pero sobre este particular se dudaba si Saladino habria conquistado tambien las últimas ciudades marítimas cristianas, Tiro, Trípoli y Antioquia antes de la llegada del ejército alemán, en cuyo caso los cruzados tendrian que luchar con serias dificultades al desembarcar en las costas de Siria. Por el contrario, se recomendaba el viaje por tierra al través de



El emperador Federico I. Bajo-relieve de la época y de tamaño natural existente en el claustro del monasterio de S. Zenon, en Reicshall.



El emperador Federico I. Facsimile tomado del código *De passagiis in Terram Sanctam* (Venecia)

Hungria, Grecia y Asia Menor porque segun todas las probabilidades no eran de temer en esta ocasion los peligrosos enemigos que anteriormente habian encontrado; es decir, los seldyucidas de Iconio. Aquí seguia reinando Kilidsch Arslan II, el cual, sin duda por la enemistad sostenida contra sus grandes vecinos del Este, Nuredin y Saladino, se habia inclinado hacia ya mucho tiempo en favor de los francos, y sobre todo, estaba en relaciones amistosas con el emperador Federico. Se decidieron pues por la antigua ruta de Godofredo de Bullon, en la cual habian de quedar defraudadas del modo mas amargo las esperanzas que les animaban.

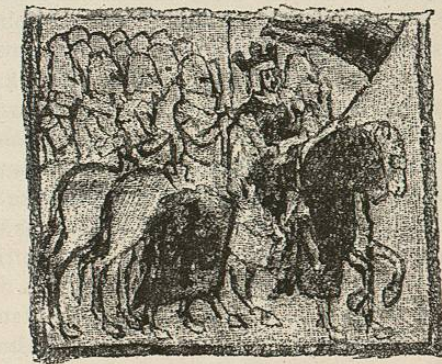
Así las cosas, enviaron de antemano un embajador á Hungria, con objeto de negociar con el rey Bela III lo concerniente al paso del ejército por su territorio, conviniendo en pagarle un marco como precio del pienso para cada cien caballos y para cada cuatro bueyes. Asimismo partieron embajadores á Servia y otros al emperador griego, al sultan Kilidsch Arslan y á Saladino. Este último fué invitado á evacuar inmediatamente el territorio del reino de Jerusalen, entregar la Santa Cruz que habia caído en poder suyo en Hattin, y dar satisfaccion por los cristianos muertos en la última guerra. Si no se avenia á estas condiciones, el imperio romano, el mundo entero saldria á campaña contra él.

En diciembre de 1188 celebró Federico una asamblea en Nuremberg y allí recibió á los mensajeros que le llevaban las contestaciones de los príncipes de Servia, Grecia y Asia Menor. La embajada de Kilidsch Arslan llamó extraordinariamente la atencion, porque era numerosísima, se presentó con deslumbradora magnificencia y entregó espléndidos regalos. Al frente de los mensajeros griegos estaba el canciller Juan Ducas, el cual felicitó al emperador con pomposas palabras, pero en cambio le exigió garantías ó seguridades de que no ocultaba ninguna intencion hostil contra el imperio bizantino. Federico ordenó que se ratificara bajo juramento por tres príncipes alemanes, que tal intencion era completamente ajena á él, despues de lo cual, el canciller, á nombre de su emperador, prestó sobre los Evangelios el juramento de que queria conceder al ejército peregrino su amistad y le proporcionaria guias seguros, precios equitativos en los comestibles y barcos para el trasporte, y los tres príncipes alemanes prometieron, á nombre de Federico, no emprender hostilidades de ninguna clase contra el imperio griego, si se cumplian aquellas promesas. Mas para velar por su cumplimiento envió el emperador Federico una segunda embajada á Constantinopla compuesta de un obispo, varios condes y cien caballeros.

Poco tiempo despues, segun parece, llegó una carta-respuesta de Saladino, en la cual el Sultán, como era natural, no accedia á las pretensiones de Federico, sino que exigía que los cristianos le entregaran todas las ciudades sirias que conservaban aun en su poder; añadiendo que con esta condicion entregaria él la Santa Cruz, daria libertad á los prisioneros cristianos, pondria á disposicion de los mismos los monasterios de la época anterior á las cruzadas, consentiria que hubiese un sacerdote cristiano en el Santo Sepulcro, y permitiria las peregrinaciones á Jerusalen. Esta declaracion de Saladino hizo de todo punto inevitable la cruzada, y en su consecuencia el dia de Noche-Buena de 1188 expidió Federico el orden de que todos los peregrinos se encontrasen sin falta el 23 de abril próximo en Ratisbona.

Durante los primeros meses del año 1189 «inmensas huestes de cruzados á pié y á caballo, innumerables como las arenas del mar y como las estrellas del cielo, llenaban todos los caminos y todos los lugares situados á lo largo del Rhin.» La salida de Ratisbona de la masa principal de este ejército se retardó aun hasta principios de mayo. Entonces el em-

perador bajó por el Danubio, mientras las tropas marchaban cerca por el camino terrestre. A fines de mayo pisaron el suelo húngaro, donde Federico entregó las regalías á su hijo mayor Enrique, que quedó como soberano en la patria; su hijo segundo Federico, duque de Suabia, le acompañó en la expedicion guerrera. El número de hombres de que se componia el ejército, á pesar de las pomposas palabras con que lo describen los documentos de la época, no parece haber sido mas que regularmente grande, en parte porque muchos peregrinos, particularmente entre los alemanes del Oeste, prefirieron dar por mar la vuelta á la costa de Europa, como lo habian hecho ya en el año 1147, principalmente porque el emperador habia mandado separar de su gente



El emperador Federico I en marcha. Facsimile tomado del código *De passagiis in Terram Sanctam* (Venecia)

armada á las masas de la clase pobre del ejército, haciendo observar esto con la mayor severidad. Se puede calcular que Federico reunió bajo su mando unos 100,000 hombres ó no muchos mas. Pero lo que faltaba al ejército en número, se compensaba abundantemente por su calidad. Componiase en su totalidad de príncipes, caballeros é infantes bien equipados y ejercitados en las armas y se observaba con todo rigor la disciplina de los peregrinos por medio de castigos, que el anciano emperador aplicaba inexorablemente á toda transgresion.

La marcha al través de Hungria no ofreció dificultades: el rey Bela cuidó de que hubiera abundantes provisiones y se relacionó amistosísimamente con el mismo Federico en varias entrevistas que ambos celebraron. El ejército avanzó por la antigua y tradicional ruta de los peregrinos hácia el Sur del Danubio, atravesó el Drave y el Save y pasando por Belgrado llegó al valle del Morawa á principios de julio. Desde allí debia continuar la expedicion por las provincias del imperio bizantino. Mas la situacion en que á la sazón se hallaba dicho imperio exige una mirada retrospectiva sobre las múltiples y en su mayor parte tristes vicisitudes por que habia pasado durante la última década que acababa de transcurrir.

HISTORIA DEL IMPERIO GRIEGO DESDE EL AÑO 1180

El emperador Manuel murió, como hemos dicho antes, el 24 de setiembre de 1180 tras un reinado largo, pero demasiado pronto para la prosperidad de su nacion. Su hijo y sucesor Alejo II no tenia entonces mas que 13 años. En su lugar obtuvo la regencia nominal la viuda de Manuel, la bella Maria de Antioquia, pero en realidad, quien gobernó fué su confidente el Protosebaste Alejo Comneno, primo del jóven emperador. Llenos de envidia y emulacion se levantaron contra él otros grandes del imperio, á la cabeza de los cuales estaba el ya casi septuagenario (de 67 años) Andrónico Com-